respondieron á las promesas que hicieron. Muchos sectarios de Jansenio se conmovieron al principio, y en efecto concibieron un deseo de someterse al juicio de la cabeza de la Iglesia; pero los sofismas que presentaron los principales partidarios para disfrazar su obstinacion y sostener la doctrina condenada, sedujeron á muchos espíritus, y destruyeron la buena inclinacion que tenian de reconocer y confesar la verdad.

A pesar de esto, cuando se publicó en fin de 1656 la nueva constitucion de Alejandro VII, en que confirmaba y esplicaba la de Inocencio X, volvió de nuevo Vicente á repetir sus visitas y súplicas á los principales partidarios; pero en esta vez rehusaron la reduccion, lo mismo que la anterior; así es que cuando se convenció el siervo de Dios de lo poco que habia que esperar de tan preocupadas cabezas, convirtió todos sus afanes en conservar la fe de los que habian permanecido sin contagiarse de los nuevos errores. Su primer cuidado fué, como la caridad lo exigia, conservar en su Congregacion la fe en toda su pureza y la sumision á la doctrina de la Iglesia, hablándoles repetidas veces en las reuniones que tenian, de lo mucho que debian agradecer á Dios que los hubiese libertado de participar de los errores que podian corromper y aun disolver su Congregacion: encargábales que rogasen á Dios por la paz de la Iglesia, la extirpacion de esta nueva heregía y la conversion de los partidarios de ella: prohibióles la lectura de los libros de Jansenio, tambien que sostuviesen directa ó indirectamente su doctrina ni aun las opiniones que pudieran serle favorables. Despues de exhortarlos de este modo, tuvo gran cuidado en separar de su Congregacion, como á miembro gangrenado, á cualquiera que se manifestaba partidario del jansenismo.

Luego que hubo trabajado en la conservacion y seguridad de los suyos, dirigió su atencion á las comunidades religiosas para preservarlas del contagio con sus consejos y prudentes medidas, cuidando particularmente de los monasterios de religiosas, que despues de Dios al zelo y caridad de Vicente debieron su conservacion.

A todo lo dicho bastará agregar un ejemplo de esta misma caridad, que sabia aprovechar las ocasiones que se presentaban para procurar el mismo bien, no solo á las comunidades religiosas, sino á los particulares á quienes compasivo daba la mano,

ya para mantenerlos en sus sentimientos ortodoxos, cuando los conservaban, ya para sacarlos del error en que por desgracia habian caido, cuando daban señas de querer salir de él.

Encontrábase en el partido del jansenismo un doctor de la Sorbona, no tanto por su afecto á la nueva doctrina, cuanto por las relaciones particulares que tenia con algunas personas notables de este partido. Se habia conmovido fuertemente con la constitucion de Inocencio X; y si con ella no se convirtió enteramente, por lo menos se sintió bastante indeciso. Con este motivo resolvió, para tranquilizar su espíritu, á hacer retiro espiritual en San Lázaro, en donde despues de haber oido la voz de su conciencia, se decidió á declarar á Vicente que se hallaba dispuesto á abandonar las opiniones de Jansenio, con tal que quisiese el papa sacarlo de algunas dudas que le quedaban, y que esponia en una carta que dirigia á Su Santidad: le consiguió Vicente una respuesta favorable, con la que se sintió suavemente dispuesto á renunciar la doctrina condenada; mas en vez de seguir sin titubear la paternal amonestacion y los movimientos interiores que Dios le inspiraba, quiso considerar mas los respetos humanos, y prefirió la gloria de los hombres á la que debia tributar á Dios; y á pesar de esto, Vicente repitió sus instancias comprometiéndolo á que se declarase; pero á todo contestaba que no podia resolverse á renunciar una doctrina que Dios parecia aprobar, en vista de los milagros que se decia habia hecho en Port-Royal. A esto contestó Vicente la carta siguiente, acompañando los papeles de que habla. [1]

« Os remito, le dice, la nueva constitucion de nuestro Santo « Padre, en que confirma la de Inocencio X, y las de otros papas que « han condenado las doctrinas de Jansenio: paréceme, Sr., que « con ella ninguna duda os quedará, despues de la aceptacion y « publicacion que de ella han hecho nuestros prelados, quienes « tantas veces se han reunido para este asunto, y últimamente la « asamblea del clero, que ha mandado imprimir la relacion que « tambien os remito, y en fin, despues de la censura de la Sorbo- « na y de la carta que por órden de Su Santidad se os dirigió.

[1] Cuando escribió Vicente esta carta, por su consejo se publicó un escrito titulado: *Defensa de la verdad católica en lo relativo á milagros*, en que se respondia victoriosamente á las falsas consecuencias que se querian sacar de los pretendidos milagros de Port-Royal, y tan claramente se probaba que en nada favorecian los errores de los jansenistas, que nada pudieron estos responder.

« Con esto espero, Señor, que á Dios dareis la gloria y á la Iglesia la edificacion que en estas circunstancias todos esperan de vos; « porque en aguardar mas hay el peligro de que emplee el espíritu « maligno tanta astucia para eludir la verdad, que al fin insensiblemente os encontrareis en estado de no tener fuerzas para hacerlo, por no haber aprovechado la gracia que tanto tiempo ha « os está solicitando por caminos tan suaves y poderosos, que nunca habia oido decir emplease Dios semejantes en favor de quien « quiera que sea.

« Los que dicen que los milagros que hace la Santa Espina en « Port-Royal sirven para aprobar la doctrina que allí se profesa, « ignoran esta de Santo Tomas; que jamas confirma Dios los errores con milagros, fundada en que la verdad no puede autorizar la mentira, ni la luz las tinieblas. Pero ¿quién ignora que « las proposiciones que este partido sostiene son erróneas supuesto que están condenadas? Luego si Dios hace milagros, no es « para autorizar estas opiniones, sino para manifestar su gloria « con cualquier otro fin. No espereis que os envie Dios un ángel « para iluminar mas vuestro entendimiento: ciertamente no lo « hará: quiere que recurrais á la Iglesia, y la Iglesia reunida en « Trento, os manda recurrir á la Santa Sede en la materia que se « discute, segun consta en el último capítulo de este concilio.

« Tampoco espereis que venga San Agustin á esplicarse á sí « mismo. Nos dice nuestro Señor, que si no creemos en las Escrituras, menos podremos creer lo que vengan á decirnos los muertos resucitados; y aun cuando fuese posible que este santo volviese al mundo, se someteria, como lo hizo en otro tiempo, á la « decision del Soberano Pontífice.

« Tampoco espereis el juicio de alguna famosa facultad de teología para que decida esta cuestion, porque ¿dónde está esta? « En toda la cristiandad no se conoce otra mas sabia que la Sorbona, de la que sois digno miembro.

« Por otra parte, no espereis que un gran doctor y hombre « honrado os señale el camino que debeis seguir; pues ¿en quién « encontrareis reunidas estas dos cualidades mejor que en la persona á quien me dirijo?

« Paréceme que os oigo decir, que si dilatais vuestra declaracion, es solo para atraer otras personas de alta condicion; pero

» aunque esto es bueno, es de temerse que en vez de salvarlas del « naufragio, perezcais con ellas. Digo esto con bastante dolor, porque la salvacion de ellas me es tan cara como la mia, y si mil « vidas tuviera, las daria por su salud. Tal vez vuestro ejemplo « podrá convencerlas mas que cuanto les dijereis. Esto supuesto, « en nombre de Dios no difirais por mas tiempo esta accion que « tan agradable ha de ser á su divina bondad; se interesa en ello « vuestra propia salud; mas motivos teneis de temer por vos que « por la mayor parte de los que abrazan esos errores, pues ninguno de ellos ha recibido como vos una particular aclaracion del « Santo Padre. ¿Qué disgusto no tendreis si por dilatar mas tiempo vuestra declaracion se os obligase á hacerla conforme á la resolucion que han tomado nuestros prelados? Por esto os suplico « de nuevo, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que no dilateis por mas tiempo vuestra conversion, ni lleveis á mal que os « hable el mas ignorante y mas despreciable de los hombres en tales términos, pues que cuanto dice no carece de razon. Si las « bestias han hablado y los malvados han profetizado, tambien « yo puedo decir la verdad, aunque sea bestia y malvado. Quiera « Dios hablaros eficazmente, haciendo que conozcais el bien que « podeis hacer; pues á mas de entrar en el estado que os exige « Dios, hay muchos motivos para esperar que una gran parte de « esos señores á vuestro ejemplo salgan de sus errores; y por el « contrario, si retardais esta resolucion, podrá ser esto causa de « que se mantengan en ellos; y aun dudo mucho que vos mismo lo « hagais pasando mas tiempo, lo que me seria en estremo doloroso por el grande afecto que os profeso, y porque habiendo tenido « el honor de haberos servido en los términos que lo he hecho, me « será muy sensible veros salir del seno de la Iglesia. Espero que « nuestro Señor no permitirá tal desgracia, pues así se lo ruego « con frecuencia etc.

En la respuesta que á esta carta dirigió el doctor, da nuevas esperanzas de su conversion, no dependiendo ya al parecer mas que de encontrar una ocasion oportuna para hacerlo, y, como él decia, para llevar consigo á otros. Llegó Vicente hasta formar un proyecto de cuanto habia de hacer y decir; pero este doctor tanto entretuvo y exigió, que al fin ningun efecto produjeron los pasos que dió, y permaneció siempre en sus primeros errores.

Concluiremos este capítulo con una respuesta digna del célebre Vicente, que dió á un hombre honrado y de gran mérito, que tenia mucha estimacion, no tanto á los jansenistas, cuanto á las personas que los sostenian, viendo las cuantiosas limosnas que daban, porque esto suspendia su juicio, y no le permitia condenar de corazon á personas que él calificaba de muy caritativas y virtuosas. Este hombre tenia mucha amistad con Vicente, y yendo á visitarlo un dia, le preguntó si no pudiera emplearse algun medio para moderar el calor con que se atacaba á estos señores de Port-Royal. «¿Se intenta, le preguntaba, comprometerlos á «que cometan un esceso? ¿No seria mejor proponerles un pacífi«co avenimiento? Ellos están bien dispuestos si se les trata con «mas moderacion, y ninguno es mas á propósito que vos para cal«mar la exaltacion de los dos partidos, y consumar una recon«ciliacion.

Contestó Vicente lo siguiente: «Señor: cuando se ha pronun«ciado un juicio, ya no puede haber mas convenio que estarse á «lo decidido: antes que se condenase á estos señores, hicieron «cuantos esfuerzos estuvieron en su poder para que prevaleciese «la mentira, y sostuvieron con tanto ardor su partido, que nadie «se atrevia casi á resistirles, y desechaban toda propuesta de ave«nimiento. Todavía despues que la Santa Sede decidió la cues«tion en su contra, han interpretado de varios modos la consti«tucion para eludir su efecto; y aunque han aparentado una sin«cera sumision al padre comun de los fieles y han prometido re«cibir las constituciones en su verdadero sentido, esto es, conde«nando las proposiciones de Jansenio, con todo esto, los que han «escrito en favor de ellos sosteniendo estas opiniones, y haciendo «apologías para defenderlos, no han escrito ni una sola palabra «para retractar su contenido. Y pues que no tienen una sincera «intencion de someterse, ¿cómo podremos unirnos con ellos? ¿Cómo se puede usar de moderacion en lo que la Iglesia ha decidi«do? Estas son materias de fe, en las que no es posible hacer al«teracion ni oir convenio alguno; en consecuencia, no podemos «acomodarlas á los sentimientos de esos señores: á ellos toca por «tanto someter sus luces y unirse á nosotros con una misma creen«cia y una sincera obediencia á la cabeza de la Iglesia. Si obran

«de otro modo, entonces, Señor, nada hay que hacer mas que «rogar á Dios por su conversion."

Nótase bien en esto la firmeza con que siempre se ha opuesto Vicente á los que sostenian la doctrina de Jansenio; y desde que la Iglesia la condenó, declaró abiertamente sus sentimientos, y juzgó que todo católico debia hacer lo mismo, considerando como un gran mal el que disimulase, tergiversase, ó lo que creia peor, se mantuviese en una especie de indiferencia ó neutralidad, tratándose de asuntos de fe y de religion; pues aunque siempre opinó porque se tratasen con moderacion y mucha caridad á los sectarios de la doctrina condenada, para ver si por este camino se lograban algunas conversiones, sin embargo, quiso que este trato fuese acompañado de una gran firmeza, pues para él una nueva heregía era un mal que no debia lisongearse ni encubrirse, fuese cual fuese la persona en quien se encontrara; y así como no era lícito hacer juicio temerario de nadie, tambien era un mal, quizá mayor, juzgar bien, por una caridad mal entendida ó por cualquier otro motivo mas culpable, de los que deben mirarse como heréticos ó sospechosos de heregía; que no solamente habia temeridad, sino injusticia é impiedad en no querer condenar á quien condena la Iglesia, y aun mas en sostenerlo y querer juzgar á la misma Iglesia, ó condenar el juicio que pronuncia por boca de su cabeza y de sus prelados.

Mas aunque Vicente se haya manejado con tanto zelo contra el jansenismo, y haya hecho los mayores esfuerzos para destruirlo, con todo, sabia muy bien hacer distincion entre los errores condenados y la moral relajada, que de ningun modo aprobaba; así como en diversas ocasiones lo manifestó, recomendando á los suyos que ajustasen su vida á la verdadera moral cristiana que enseña el Evangelio y los libros de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y elogiando las decisiones de los prelados de la Sorbona, que igualmente condenaban esta relajacion y los errores de Jansenio, y en fin, admitiendo con el mismo placer lo que disponia la Santa Sede Apostólica en una y en otra materia.